



Papá, tu hija se encapucha

Yesenia Palacio Tamayo

Estudiante de Periodismo, integrante de La Herejía, yesenia.palacio@udea.edu.co

Madrugada del 8 de marzo. Día Internacional de la Mujer Trabajadora. A las 2:00 a.m., cogí el pedazo de tela morada, hice dos huecos, me la puse y miré al espejo. Quedaron disparejos. Cogí la tijera y otra vez quedó uno más grande que el otro. En el último intento de cortar sin dañar el bordado me di cuenta de que los hice muy grandes y que se podría distinguir un poco mi mirada. Aún no sabía si la usaría en la marcha, pero no estaría tranquila pensando que alguien me reconociera. Le tengo miedo a esa fuerza que sataniza la capucha. Y no, no me refiero ni a la Policía ni al Estado, sino a una autoridad que temo más: mi papá.

Semanas antes del 8 de marzo le dije jugando a Valentina que si nos encapuchábamos juntas para la marcha del Día de la Mujer. Que ya no volvería a hacer eso, me respondió. Vale ha sido una inspiración y una guía en mis cuestiones feministas. Ella escribió una crónica sobre su experiencia con la capucha. Me inspiró, tanto que sabía que debía compartir las calles con ella algún día. Al mismo tiempo, una pequeña parte de mí también quería saber qué es eso de andar en la calle con la cara tapada.

Mi familia no siempre fue de derecha. Cuando tenía siete u ocho años veía las noticias con mi papá, él renegaba frente a la televisión. “Ese hijueputa es un paraco”, decía señalando al que era presidente en ese momento: Álvaro Uribe. Mamá lo regañaba, se quejaba de que no la dejaba almorzar tranquila –siempre lo hemos hecho viendo el noticiero–, que sus palabras de odio le provocaban úlceras.

En mi memoria está la impotencia de papá cuando Antanas Mockus perdió la segunda vuelta presidencial ante Juan Manuel Santos y de cuando apoyó el paro camionero de 2016. Según él, el mayor paro en el país sería cuando los mecánicos, como él, hicieran su propio paro “porque lo que

mueve al país no son los camiones, sino los que los hacemos andar”.

Su ideología política pasó de ser crítica al uribismo a ser afín a él durante las negociaciones del Proceso de Paz. En las paredes blancas de la finca de mi abuelo, enfermo de cáncer, mi tío, pensionado del ejército y evangélico, pegó un afiche enorme de Oscar Iván Zuluaga y Álvaro Uribe. Desde ese momento su hermano empezó a evangelizar a mi papá en la palabra del Centro Democrático.

La primera vez que vi encapuchados fue en 2018 cuando pintaron de rojo la fuente de la Universidad de Antioquia. Desde ese día le temí a las papas, al ESMAD, al gas lacrimógeno; pero desde que vivo al frente de la universidad, todo eso hace parte del paisaje. Incluso, me extraña cuando alguien me pregunta cómo puedo vivir ahí.

Discusiones infinitas hemos tenido en las asambleas y colectivos sobre el uso de la capucha. Desde el día que presencié a los chicos destaparse el rostro para limpiarse los ojos en el bloque 9, llorando y abrazados, luego de la muerte de Julián Orrego, estudiante de la Universidad de Antioquia que murió luego de una explosión durante el paro de 2019, llegué a la conclusión de que dar la vida por una lucha no tenía ningún sentido para mí.

Pero la capucha feminista es distinta. La primera vez que vi una fue en la marcha del 8 de marzo de 2020, una chica tapaba su rostro con un pedazo de tela de la que salían cadenas y púas, la vanidosidad con la que la vestía contrastaba con la figura ruda que emitía con el bate que cargaba a sus espaldas. Me sentía segura a su lado.

El 7 de marzo de 2022, Vale y yo fuimos al Parque de los Deseos a buscar una pañoleta. Al llegar

escuchamos por un parlante la invitación a un taller de capuchas. “Quedémonos”, me miró con los ojos emocionados.

Se habló sobre el significado de la capucha, sobre la seguridad, sobre su implicación en el movimiento. Vale tomó el micrófono y habló desde su experiencia, sin decir que era su experiencia. Por mis manos pasaron telas, hilos, agujas y tijeras, enseñaron a coserla. Escuchamos música feminista de La Muchacha y falté a la clase de 6:00 p.m. Llegué a la casa emocionada para bordarle figuras para que se viera más bonita. En un momento me detuve a pensar “¿Qué estoy haciendo?”.

Para enero de 2020, las marchas y tropes del Paro Nacional se mantuvieron vivas por la rabia de la muerte de Dilan Cruz. En uno de esos jueves de tropel el ESMAD y capuchos se enfrentaban con gases y papas bombas en la calle Barranquilla. Mientras todo eso ocurría de fondo, mis amigas y yo decidimos ver *Mujercitas* en el cine del centro comercial Aventura.

Una, dos, tres llamadas. “No puedo contestar, estoy ocupada” le escribí a mi mamá por WhatsApp. Al salir del cine mi papá me llamó.

—¿Usted dónde anda metida?

—En el cine

—¿Y qué película veía?

—*Mujercitas*

—¿Y de qué trata la película? ¿Quién es el director?

Me extrañó este repentino interés cinematográfico de mi papá, pero igual respondí.

—Hmm ya— respondió al final sin sonar muy convencido— Le digo la verdad, por ahí me dijeron que usted tira piedra en la universidad. Y me parece muy sospechoso que justo cuando hay desmanes usted se pierda y no me conteste el celular.

Estaba atónita. Parecería chiste, pero conociendo a mi papá sabía que hablaba en serio. Frustrada le expliqué que estaba con mis amigas. Con rabia me respondió:

—¡Solo le digo una cosa!— alzó la voz —YO ME ENTERO DE QUE USTED ES CAPUCHA Y LA SACO DE LA UNIVERSIDAD Y DE MÍ NO VUELVE A SABER...

Empecé a llorar de la frustración. De todas las cosas que podría estar haciendo, estar en el cine, estar dormida, estar pichando... ¡Por Dios! para mi papá la justificación más razonable para que yo no contestara el celular era que soy capucha. Increíble.

Desde ese día y durante lo que quedó de paro, mi papá me pedía justificación de dónde andaba, quiénes eran mis amigos y las luchas que apoyaba. Me iba a mis marchas sin decirle nada, igual ya todo era sospechoso para él. Ya tenía suficiente con las largas discusiones que teníamos por mis publicaciones de izquierda que compartía en redes sociales. Llegó la pandemia y tuve que volver a casa. Hasta ahí llegó el tema.

Pero yo igual tenía miedo ¿quién fue la persona que me acusó de eso? Una idea así solo podría ser alimentada por mi tío el exsoldado. Una vez nos dijo a mí y a mi prima que convencería a nuestros papás para que prestáramos servicio militar. “Esa es la única forma de quitarles el mamertismo”, nos advirtió.

Después del taller llegué a mi casa a bordarle figuras a mi capucha y pegarle dos pompones en los lados de la cabeza. Me quedó muy linda para haberla hecho en tan poco tiempo.

Empaqué tela, pintura y pinceles para la marcha, muy al fondo también la capucha. Estando en el baño le hice señas a Vale de que si la íbamos a usar. “¿Usted por qué tiene miedo de decir la palabra?”, me dijo.

Ella no me pudo acompañar en la marcha, por lo que me reuní con otras dos amigas. En Parque Deseos hice un cartel por las mujeres víctimas de desaparición y feminicidio.

Las capuchas de ese día eran diversas. Con overol de vigilante, con lentejuelas, algunas improvisaban con pañoletas aborteras. A dos cuerdas del inicio de la marcha decidí ser una más. Una de mis amigas jamás había asistido a una marcha, me vio con cara asustada, le tranquilicé diciendo que no pasaría nada.

Decidí caminar acompañada, adelante sosteniendo mi cartelera. Mi propósito era recordar los feminicidios de Sarai Colmenares y Erika Pérez, y hacerles saber a las familias de Alexandrith Sarmiento y Luz Leidy Vanegas, víctimas de

desaparición, que al igual que ellas yo también las espero.

Ocultar el rostro llama la atención. Me pedían fotos, chicas me abrazaban. Una compañera del pregrado se me acercó para pedirme una foto, no hablé para no delatarme. “Ay, ya sé quién eres”, me dijo cuando acabó.

Las demás chicas con rostros tapados grafitaban buses y paredes. Era muy extraño que yo fuera una simple caminante. A la altura de Prado, una capucha que vestía uniforme de vigilante me hizo señas con las manos. “Usted ¿qué o qué?” invitándome a unirme a ella. Yo solo alcé los hombros y continué mi camino.

Cuando pisamos el centro, motorizadas de la Policía iban en la calle paralela a la nuestra. “Señor policía, yo soy una capucha inofensiva”, le dije a modo de chiste a mi amiga, esa sería mi respuesta en una posible captura. “Sí, tú lo haces por un sentido estético”, me respondió ella.

¿Lo hacía por un sentido estético? Aunque me trasnoché para que se viera bonita, no creo que haya sido por eso. Tampoco fue por la acción directa. Sí creo que quería llamar la atención y, he de admitir, sacar mi lado rebelde. Si mi papá creía que era capucha, iba a darle la razón, así fuera por una sola vez.

¿Ahora probablemente esté en la base de datos de la Policía como posible integrante de un grupo de capuchos por un acto de desobediencia paterna? Qué patética soy.

Sentada una noche en el balcón con mi mamá, durante el confinamiento por COVID-19, le conté sobre mis temores, sobre mis militancias y luchas. Me esperaba ese discurso de que no me meta en problemas y me aleje del peligro que me dice siempre antes de salir a alguna manifestación, pero no fue así.

Me miró con sus ojos tiernos: “Hija, veo que defiendes mucho tus luchas por las mujeres y que siempre las cargas contigo. Si tienes que dar la vida, la das. Y si te tengo que llorar, te lloro. Pero, por favor, jamás agaches la cabeza ni calles tu voz”. Sus palabras implícitamente hablaban de muerte, pero me llenaron de vida.

Antes de salir a la marcha de ese día mamá me dio la bendición y me dijo que me alejara del peligro. Ignoré sus recomendaciones cuando mis amigas y yo nos acercamos para ver de cerca cómo las demás chicas arrojaban piedras a la Estación de la Policía de la Avenida Oriental.

¡Cerdos! ¡Cerdos! ¡Cerdos!

Gritaban las manifestantes. Había chicas con el uniforme del colegio, niñas con sus mamás y señoras de la tercera edad.

¡BOOM!

Sonó la primera aturdidora.

Todas salieron en sentido contrario en estampida. Muchas asustadas, era su primera marcha. Buscaron resguardo en la estación San José y en los negocios aledaños. Yo había quedado de verme ahí con otra amiga. La llamé para advertirle.

“¿Vos seguís con la capucha? Están subiendo puros matrimonios”¹, me alertó.

Nos encontramos en la esquina de San José. Yo seguía con el pedazo de tela en mi rostro.

Las manifestantes se volvieron a agrupar. Una chica de capucha negra se paró a la mitad de la calle haciendo señas para calmar a las demás. No estaba haciendo nada cuando un grupo de cinco agentes del ESMAD se lanzaron sobre ella y la tiraron al suelo.

—Yese, quítate la capucha— me dijo mi compañera preocupada.

—Ya voy—, no me la iba a quitar ahí en medio, estando cerca de la Policía.

El ESMAD levantó a la encapuchada, cada uno de una extremidad. Ella se resistía, como si fuera un animal siendo domado. Las chicas de los lados empezaron a gritar.

¡BOOOM! Otra aturdidora. Otra multitud buscando refugio.

Corrimos. Nos metimos en un callejón.

—QUE TE QUITÉS LA HIJUEPUTA CAPUCHA— me reclamaba.

Una estampida venía hacia nosotras ¿Habrá Policía cerca? No encontraba mi blusa, estaba solo cubierta por un pedazo de tela morada.

¡BOOM! ¡BOOM! Dos aturdidoras seguidas. Los policías están acorralando a las capuchas.

—¡¡YESE!!— me gritaba.

Se empezó a sentir el gas.

Ella tomó una punta de la tela, la jaló y yo recuperé el rostro.■



Roseberg Sandoval @rosebergsandovalg, Silvia (2011-2012) Grafito a manera de puñal sobre papel. Registro Oscar Monsalve

¹ Lenguaje coloquial para referirse a la pareja de un agente del ESMAD siendo transportado por un policía motorizado.